

film, la desesperada llamada a una conciencia cívica, la denuncia implacable a la indiferencia de los poderes públicos cara al riesgo del descontrol nuclear, también se han triplicado, y, entonces, vista en 1969, «The war game» es una película realmente impresionante, porque la amenaza es mucho más próxima. No importa que ahora haya otro presidente en la Casa Blanca, ni que los conflictos que en 1966 podían desencadenar un conflicto nuclear estén hoy día algo amortiguados. Lo importante sigue siendo el presupuesto inicial y la consiguiente conclusión: en caso de un descontrol atómico, ¿qué podríamos hacer? Nada: simplemente sufrir sus pavorosas consecuencias.

«The war game» fue producida por la televisión británica, con objeto de ser programada en la pequeña pantalla. Una vez terminada la película, en vista del resultado, fue prohibida, y no se autorizó en ninguna televisión del mundo. Lamentable destino el de una obra cuyo pleno sentido ha de lograrse gracias a la audiencia simultánea y masiva que permite la programación televisiva. Pero es que, además, en el interior del hogar, en la cafetería con televisor, en los mil y un sitios donde se produce la exhibición televisiva, cobra hondura máxima y relación definitiva —autor-público— ese proceso de concienciación general que persigue Watkins a lo largo de su admirable film.

El hecho de que un film semejante no haya podido ser exhibido en nin-

guna televisión del mundo indica claramente que una de las principales acusaciones contenidas en «The war game» no es, en absoluto, desacertada: la que se refiere a la responsabilidad de los poderes públicos por no proporcionar la suficiente información a la opinión civil sobre los riesgos que entraña el arsenal nuclear y la posibilidad —desgraciadamente nada improbable, como señalaba Kubrick en «Dr. Strangelove»— de su descontrol.

Sorteando hábilmente las trampas de un fácil humanitarismo o de un blando pacifismo, Peter Watkins ha construido, con extremado rigor, su película, aportando la mayor cantidad posible de datos para informar a ese público que hasta ahora permanece en la más absoluta ignorancia sobre una cuestión pavorosa que le afecta profundamente. Watkins reúne los datos, interroga a personalidades, informa, prepara un «dossier» que debe ser completado por cada espectador. Aquí, en esta peculiar construcción, en esta relación dialéctica entre el autor y el público, reside el carácter vivo, real del documento. Es crónica e historia al mismo tiempo. Es política-ficción y cine de horror a la par. Es una llamada a nuestra conciencia, dormida por culpa de quien se empeña en mantenerla en ese estado de letargo. Para Watkins es patético —y así lo ha manifestado en unas declaraciones— que hayamos aceptado la amenaza constante de las armas nucleares «con espantosa indiferencia». Pero, ¿quiénes son los responsables? ■ J. G. D.

nes metafísicas) es lógico que circulen con éxito ciertas corrientes que, en el nivel científico, carecen ya del sólido crédito adquirido en tiempos pasados (a este respecto me permito llamar la atención de la polémica Sartre-Pingaud-Pontalis, en el último número de «Les Temps Modernes»).

Bien; quería decir que Colodrón escapa por vía intelectual de esta vorágine estéril y sitúa su pensamiento más allá de una discusión ya carente de sentido. Debe mucho a Pavlov, considera a Freud un conductista ingenuo, pero no se queda atrás, su pensamiento es dinámico y se sirve de las leyes de la dialéctica para destruir los vicios mecanicistas.

LA ACCIÓN HUMANA.—Su gran respeto por la filosofía, ya manifestado en el capítulo inicial, le permite trascender los estrechos límites de la observación científica directa y universalizar su experiencia. Para el autor, los procesos animales no son reducibles a las leyes de la física y de la química —y mucho menos los específicamente humanos— porque «tienen un nivel de complejidad superior». Su origen hay que hallarlo en la naturaleza no viviente, pero una explicación desde ésta resulta insuficiente. En resumen apresurado: son procesos dialécticos, totalizadores. Colodrón se instala más allá de Pavlov y más allá de Watson, al tiempo que reconoce

sus excepcionales méritos. Para el autor, «... la acción humana es una totalidad no reducible a sus elementos». «... Es unitaria y el condicionamiento no es, como pretendía Pavlov, un fenómeno fisiológico y psicológico al mismo tiempo, sino la ley que rige las interacciones de la totalidad con su medio propio». La diferencia entre los reflejos condicionados y los incondicionados es meramente histórica: «Cualquier reflejo animal es, pues, una reacción de la totalidad. Todo reflejo del hombre es humano».

«La acción humana», del doctor Colodrón, constituye, en síntesis, un intento de integración de las aportaciones pavlovianas menos dogmáticas con los logros de otras tendencias. No puede explicarse lo nuevo por lo viejo, lo histórico por lo biológico. Colodrón establece con acierto las diferencias entre la realidad peculiar del hombre y la estructuración del acción animal. No puede entenderse la acción humana sólo como resultado de procesos neuronales.

En una recensión tan limitada resulta difícil resumir un libro tan profundo y complejo, a pesar de su brevedad. Subrayemos, por último, que está escrito con un estilo conciso, directo, transparente, accesible. Lo que no es poco para la difusión de un pensamiento profundo, riguroso y esencialmente nuevo. ■ E. G. R.

Libros

«LA ACCIÓN HUMANA»

Colodrón: frente a los vicios mecanicistas



tricas del Norte, pasa por la Universidad Central —el doctorado—, se perfecciona en la «Freie Universität», de Berlín, en Estocolmo y en París, y culmina, por el momento, al profesar Colodrón en la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Central y en el centro de estudios sociológicos «C. E. I. S. A.». Su libro «La medicina corticovisceral», publicado hace años, desató polémicas en distintas zonas ideológicas, pero Colodrón se ha mantenido con firmeza en su postura independiente y ha continuado desarrollando desde su perspectiva —desoyendo las tentaciones del canto de sirena que desde todas las direcciones llega a su mesa de trabajo— su ideología, su «praxis», y elevando su nivel teórico y de conocimiento. Trabajador incansable, aquí está su último libro: «La acción humana». Lo ha publicado Ediciones Península, de Barcelona.

LA POLEMICA.—Si a Freud y al freudismo, aportaciones intrínsecas aparte, hay que situarlos para entenderlos —ya lo hemos apuntado aquí hace tiempo— en su contexto histórico-social (la sociedad vienesa «fin de siècle», el puritanismo sexual, la búsqueda de coartadas que se hacía sentir en el seno de la clase dominante), hemos de contemplar la actual polémica entre sus herederos teórico-prácticos y los que respetan su labor estrictamente científica, pero no comulgan con su terapéutica analítica —polémica en descenso por la debilidad de los supuestos en que se apoyan los primeros— en el contexto de la sociedad de hoy, en velloz desarrollo y expansión, alza más o menos constante del nivel de vida, gradual extensión cultural —con notables interrupciones y, a veces, retrocesos—, etcétera. En este clima socio-económico cruzado de tensiones (que alguien ha definido como «neurotizado», aunque a nuestro modo de ver no haya dado con las auténticas raíces de tal neurotización por la interferencia de mitos y motivacio-

ESCRITOR Y CIENTÍFICO.—He aquí una de las más relevantes figuras de la promoción que hemos dado en denominar «de la conciencia crítica»: el doctor Antonio Colodrón, treinta y ocho años, salmantino, bien equipado con un considerable bagaje cultural, con una formación estricta en el orden científico exenta de mediatizaciones metafísicas o mitológicas, con un prestigio como terapeuta que sigue un ritmo creciente, con una postura intelectual autónoma, independiente, en débito, seguramente, con muchas escuelas —toda labor científica se inscribe necesariamente en una tradición—, pero con un pensamiento cualitativamente diferente del que alimentan las fuentes que constituyen su punto de partida, fuertemente original, dialéctico y avanzado en la más amplia acepción de la palabra: está en la vanguardia y a la vez supone un progreso muy importante en el campo específico en que se desarrolla. La personalidad científica del doctor Colodrón no es el resultado de una improvisación elevada de golpe por el éxito o la moda: es la consecuencia de una larga experiencia teórico-práctica que arranca en la Universidad salmantina, se encarna en una labor concreta en diversas instituciones psiquiá-



Timothy Leary quiere ser gobernador

El doctor Timothy Leary ha sido uno de los principales defensores del uso libre de ciertas drogas en los Estados Unidos. Perseguido por la Ley, Leary ha pasado por diversos procesos hasta que, ahora, el Tribunal Supremo acaba de absolverlo. El cargo principal era el de haber importado marihuana de Méjico a los Estados Unidos. La cantidad confiscada era solamente media onza, pero sirvió para crear el proceso en 1966. El Supremo ha considerado que no es delito y ha absuelto a Leary, el cual no se conforma con esta simple medida: pretende, ahora, utilizar su popularidad para comenzar una carrera política. Va a presentarse a las elecciones de 1970 para gobernador de California, y dentro de unas semanas comenzará su campaña. Aún no ha anunciado su programa. Pero el mismo día en que se absolvía a Leary, la Policía de Niagara Falls detenía a Mark Rudd después de haber encontrado en su automóvil dos onzas de droga y una pipa para fumarla. Mark Rudd es un dirigente de la SDS (Students for a Democratic Society) y está expulsado de la Universidad de Columbia por su participación en las manifestaciones de 1968.



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Revirago, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Gifra y Archivo.